

22. Cfr. Wiggins, 1985, §§ 4 y sig.

23. Cfr. Bunge, 1988, Def. I. 12.

24. Braybrooke, 1987, págs. 44 y 52: "every human being needs some food, some water, and (in cold climates) some clothing, some shelter, some heat... We have no reason to expect that science is going to discover that human beings do not need food, or exercise, or to keep their bodies intact".

25. Bunge, 1988, 1.3.1.

26. Braybrooke, 1987, pág. 37.

27. Cfr. *ibidem*, pág. 101; otro ejemplo anecdótico de una necesidad de este tipo es que, a comienzos de los años 70, en algunas ciudades de Estados Unidos, era necesario tener zapatos si uno quería recibir educación pública, porque el "dress code" establecía como requisito mínimo de "decencia" para poder entrar en un edificio escolar el no andar descalzo; la necesidad derivada de educarse dio así lugar a una necesidad derivada "de segundo orden".

28. Cfr., en este contexto, también los argumentos de Onora O'Neill, 1988, en favor de principios éticos abstractos (pero no idealizados) que, justamente por ser indeterminados, son argumentativamente "accesibles" desde las más diversas perspectivas y permiten su aplicación a circunstancias concretas muy variadas.

La producción social de la necesidad y la modernización de la pobreza: una reflexión desde lo político

Luis Enrique Alonso
Universidad Autónoma de Madrid

"Europa supo distinguir entre una pobreza voluntaria, que es una virtud, y una pobreza impuesta, que es una desgracia. Corresponde a los europeos traducir de nuevo en actos este combate contra la nueva pobreza impuesta a millones de seres que viven entre ellos".

Jacques Le Goff

"Si entendemos por político un ámbito del mundo en que los hombres son primariamente activos y dan a los asuntos humanos una durabilidad que de otro modo no tendrían, entonces la esperanza no es en absoluto utópica".

Hannah Arendt²

El concepto de necesidad, así como el de una hipotética teoría autónoma de las necesidades, ha sido tratado desde diversos ángulos y con diferentes perspectivas por prácticamente casi todas las ciencias sociales. Pero el problema venía del enfoque abstracto y supuestamente avalorativo con que, hasta hace poco tiempo, los acercamientos académicos nos introducían en el tema. La pretensión de hallar un marco naturalista, objetivo y general, para definir la noción básica de necesidad ha quedado definitivamente rota ante la magnífica profusión de objetos, símbolos e imágenes que la moderna sociedad industrial ha asociado indisolublemente al acto mismo de consumir, de tal modo que el concepto clásico de necesidad, que aparecía como el vínculo estable entre consumo y bienestar, deja de tener un carácter individual, fisiológico y autónomo, para desdibujarse en un

espacio informe que amplía la problemática desde el campo "objetivo" de la necesidad hasta el subjetivo mundo del deseo y que sólo encuentra una posible vía de estudio en su contextualización histórica.

Sin embargo, un análisis profundo del tema de las necesidades no es, ni mucho menos, ocioso. Como han señalado un buen número de autores procedentes de la economía política y la administración social británica³, el diseño de un concepto operativo de necesidad —y de su origen social— es imprescindible para fundamentar las prácticas estatales de bienestar social, y más en estos momentos, cuando las más furibundas embestidas contra el denominado *Welfare State* amenazan con desproteger y hundir definitivamente en la marginalidad a sectores de la población para los cuales el tema de la necesidad no es algo que se plantee como un elegante debate teórico, sino como una sangrante y difícil realidad cotidiana. Intentaremos desarrollar convenientemente estos aspectos polémicos, dentro de nuestras posibilidades, en las páginas que siguen.

La presentación convencional del concepto de necesidad y su ordenación

La forma habitual de presentar el tema de las necesidades ha sido introducir algún tipo de ordenación o graduación: de esta forma se suele separar las *necesidades de tipo primario*, aquellas que resultan básicas o vitales, ligadas a la supervivencia del individuo como un ente fisiológico, de las de *tipo secundario*, cuyo origen estaría inducido socialmente. Así el antropólogo Bronislaw Malinowski⁴, allá por los años treinta de nuestro siglo, no sólo formulaba una jerarquía de necesidades, hacía también de ella el elemento institucional profundo que articulaba toda sociedad. De tal modo que habría, en principio, necesidades primarias, tales como la necesidad de nutrirse o de

beber, la necesidad del sueño o la necesidad de satisfacciones sexuales, etc. Habría a continuación necesidades secundarias, entre ellas se distinguen las *necesidades instrumentales* y las *necesidades integradoras*. En efecto, los hombres se agrupan, elaboran técnicas y ponen a punto procedimientos con objeto de satisfacer sus necesidades primarias. Estos procesos, permitiendo la satisfacción de aquellas necesidades originan a su vez otras, las necesidades instrumentales: necesidades de promover la cooperación, de arbitrar los conflictos, de conjugar los peligros que amenazan a la comunidad, etc. Estas necesidades instrumentales suscitan respuestas institucionales: sistemas de comunicación (lenguaje, signos), sistemas de control social (normas, sanciones), sistemas simbólicos (creencias, rituales, magia). El juego de mecanismos institucionales crea, de cara a la satisfacción de las necesidades instrumentales, la necesidad de mecanismos integradores más complejos: procesos de toma de decisión, legitimación de la autoridad, reglas de sucesión, etc. Nacen, por tanto, instituciones coordinadoras tales como estructuras gubernamentales, religiosas o jurídicas.

Por otra parte el psicólogo norteamericano Abraham Maslow⁵ establecería una escala funcional de necesidades —muy utilizada en investigación comercial y en sociología de la empresa—, diferenciando, de entrada, un conjunto de necesidades básicas inferiores y superiores. Las *necesidades básicas* tienen un carácter instintivo y se ordenan por sí mismas en una jerarquía perfectamente definida, según un principio de potencia relativa, esto es, la satisfacción de cualquier necesidad permite que otras más débiles que habrían sido desplazadas pasen a primer plano para presentar su motivación; la satisfacción de una necesidad crea otra en un proceso que no conoce fin. Maslow distingue cinco grupos de necesidades básicas jerarquizadas funcionalmente, según el principio anteriormente citado: una necesidad suscitará una motivación consolidada sólo cuando su nivel inmediato inferior esté saturado. Los grupos son:

- 1) Las necesidades fisiológicas, asociadas a la homeóstasis o equilibrio normal y constante del organismo humano.

- 2) Necesidades de seguridad o de preferencia por la pervivencia estable en el mundo.
- 3) Necesidad de posesividad y amor, ligadas al deseo del individuo de establecer relaciones afectivas con su entorno humano.
- 4) Necesidades de estima personal o auto-precio, reflejo de la evaluación que la persona hace de sí misma, con respecto a los otros.
- 5) Necesidad de auto-desarrollo o realización, producidas por el impulso del hombre a explicitar sus potencialidades creativas.

Cuanto más inferior sea la necesidad, más individualista y egoísta es el sujeto que persigue satisfacerla; sin embargo, la búsqueda y satisfacción de necesidades superiores requiere el concurso de un grupo social y, por tanto, tiene un carácter cívico y convivencial siempre deseable.

En el terreno estricto del análisis económico nos encontramos sorprendentemente con el carácter *aprobemático* que el concepto de necesidad ha gozado en la teoría económica dominante desde el utilitarismo clásico al marginalismo neoclásico⁶. En el modelo mecanicista (racionalista consciente) del "*homo economicus*" la necesidad es la simple manifestación (en el comportamiento de demanda y su consumo) de los estados mentales (subjetivos) del comprador; la necesidad es el deseo de disponer de un bien que tiene utilidad para producir, conservar o aumentar las condiciones de vida agradables. Se excluía de esta forma cualquier criterio de distinción sobre la mayor o menor necesidad *objetiva* de los bienes; el resultado, por tanto, fue en palabras de Galbraith "divorciar la economía de cualquier juicio sobre los bienes que le conciernen. Cualquier noción sobre su necesidad y ociosidad, sobre su importancia o superficialidad fue rigurosamente excluida de su campo de conocimiento"⁷.

Sin embargo Keynes⁸, con su habitual habilidad para situarse en los problemas reales y superar los juegos económicos

abstractos, diferenció dos clases de necesidades humanas, unas necesidades *absolutas* que se expresan en toda situación y por todos los individuos, y unas necesidades *relativas*, cuya satisfacción nos elevaría por encima de nuestro prójimo, haciéndonos sentir superiores. Si bien este segundo tipo de necesidades —las relativas— son insaciables, ya que cuanto más elevado sea el nivel social general serán también de orden más elevado las necesidades generadas, las necesidades absolutas, por el contrario, podrían ser satisfechas —en caso de no existencia de cualquier catástrofe bélica o demográfica— por el aparato productivo en un tiempo no demasiado dilatado, dejando de ser el problema permanente de la especie humana.

Crítica de la versión naturalista del concepto de necesidad

Hasta aquí hemos visto un tipo de aproximación que reclama un carácter biológico para el concepto de necesidad primaria y un carácter relacional para el concepto de necesidades superiores en sus varias versiones, de tal manera, además, que serían aquéllas primeras las que tienen primacía en la acción social y sólo una vez cubiertas, o precisamente para cubrirlas, aparecen los niveles más altos de acción individual o institucional. *El problema, sin embargo, en la realidad se presenta justamente a la inversa: es la estructura social la que determina el orden de prioridad de las necesidades*, de tal manera que históricamente han sido desdeñadas las más elementales necesidades biológicas para grandes masas de individuos y, por el contrario, han funcionado mecanismos políticos y han sido satisfechos los más refinados caprichos para élites más o menos numerosas⁹. Además, si las necesidades fundamentales (o biológicas, o primarias, o llámeselas como se quiera) sólo pueden satisfacerse a través de un mecanismo social, por ejemplo, el mercado, dejan de tener cualquier autonomía biológica para convertirse inmediatamente en necesidades sociales o, como bien dice André Gorz, en necesidades mediatizadas por lo social¹⁰.

El tema de las necesidades queda así profundamente replanteado; ya no estamos ante el resultado de un proceso "natural", sea biológico o psicológico, inherente a un hombre tan abstracto como inexistente¹¹; estamos ante la necesidad como una relación social. Entonces "las necesidades concretas no pueden ser analizadas particularmente en cuanto que no existen necesidades ni tipos de necesidades aislados: cada sociedad tiene un sistema de necesidades propio y característico que de ningún modo puede ser determinante para criticar el que corresponde a otra sociedad"¹². Este sistema de necesidades resulta, por tanto, histórico y tiene su génesis en la estructura productiva de la sociedad concreta que nos sirve de referencia: "el desarrollo de la división del trabajo y de la productividad crea, junto con la riqueza material, también la riqueza y multiplicidad de las necesidades: pero las necesidades se reparten siempre en virtud de la división del trabajo: el lugar ocupado en el seno de la división de trabajo determina la estructura de la necesidad o, al menos, sus límites"¹³.

Esta circunstancia se hace más evidente en el contexto de la actual sociedad industrial avanzada. En el desarrollo del capitalismo contemporáneo, abundancia y escasez —satisfacción y necesidad— no son dos polos contrapuestos que se anulan el uno al otro, de tal modo que el incremento del primero suprime el segundo definitivamente; ni el crecimiento tampoco es un proceso que gracias a sus efectos pueda instaurar en el ámbito del consumo los principios del liberalismo democrático, dejando la desigualdad relegada a un lugar externo de su propio avance. Por el contrario, el crecimiento mismo se realiza en función de la desigualdad, ésta es —a la vez— su base de actuación y su resultado: la dinámica de la producción diversificada, la renovación formal permanente y la obsolescencia planificada de los objetos no responde a ningún modelo de igualdad por el consumo, sino de *diferenciación y clasificación social* que, con cierta autonomía limitada, reproduce en el ámbito de la distribución el orden de la diferencia que arranca de la esfera de la producción.

Así la desigualdad en el acceso al consumo, que se asienta sobre fundamentos estrictamente económicos (desigualdad del

poder adquisitivo), se encuentra además sobredimensionada por un factor simbólico que la recubre y explicita. Los productos no se analizan y difunden para satisfacer las necesidades mayoritarias o que se generan en los grupos menos favorecidos de la estructura de clases; el mecanismo funciona, como era de prever, de una forma justamente inversa. Los productos "nuevos" (cuyo valor de uso en su sentido material no tiene forzosamente que presentar ninguna novedad) son creados, en principio, para convertirse en bienes superfluos impensables sin su capacidad de generar un fuerte efecto de demostración de estatus. Por este sistema se induce una dinámica desarraigada de la necesidad, dinámica desigual que desarrolla el consumo individual a través de la utilización con fines de interés privado de la explotación intensiva de los *deseos*, en el más genuino sentido psicoanalítico del término deseo, esto es: "como aquello mediante lo cual se indica la existencia de una carencia, lo que constituye el negativo siempre presente de las primeras experiencias de satisfacción"¹⁴.

Este "consumo ostentoso" y la "emulación pecuniaria" habían sido, ya en 1899, colocados por Thorstein Veblen, con una agudeza fuera de lo común, como motores orientadores de la acción social. Y a nosotros nos sirve para colocar en sus justos términos el tema de la necesidad y el deseo: "En cuanto la posesión de la propiedad llega a ser la base de la estimación popular, se convierte también en requisito de esa complacencia que denominamos el propio respeto. En cualquier comunidad donde los bienes se poseen por separado, el individuo necesita para su tranquilidad mental poseer una parte de bienes tan grande como la porción que tienen otros con los cuales está acostumbrado a clasificarse; y es en extremo agradable poseer algo más que ellos. Pero en cuanto una persona hace nuevas adquisiciones y se acostumbra a los nuevos niveles de riqueza resultantes de aquellas, el nuevo nivel deja de ofrecerle una satisfacción apreciablemente mayor de la que el nivel pecuniario actual se convierta en punto de partida de un nuevo nivel de suficiencia y una nueva clasificación pecuniaria del individuo comparado con sus vecinos (...). Mientras la comparación le sea claramente desfavorable, el individuo medio,

normal, vivirá en un estado de insatisfacción crónica con su lote actual..."¹⁵.

Pero esto que Veblen situaba dentro de una lógica de la diferenciación individual, en términos de interacción psicológica y de prestigio, la moderna sociedad industrial lo consagra en un plano mucho más profundo, en su estructura de clases y, por tanto, en su modelo de acumulación. La discriminación radical del sentido que consumir tiene en cada clase social se hace evidente en el marco de la reproducción ideológico-simbólica: las clases dominantes se presentan como el deseo ideal de consumo, pero debido a la innovación, diversificación y renovación permanente de las formas-objeto, este modelo se hace constantemente inalcanzable para el resto de la sociedad. En el primer caso consumir es la afirmación, lógica, coherente, completa y positiva de la desigualdad; para todos los demás colectivos consumir es la *aspiración* continuada e ilusoria de ganar puestos en una carrera para la apariencia de poder que nunca tendrá fin¹⁶. La *dimensión demanda* de todo este proceso se deduce de la conversión en componentes económicos solventes de esta aspiración de utilizar este universo del deseo —que nada tiene que ver con necesidades "primarias", "biológicas" o "naturales"— como motor del crecimiento económico, de, en una palabra, la *industrialización de la carencia* que no es la industrialización de la escasez.

La necesidad a la luz de la economía política

¿Significa este orden del deseo —en el que la finalidad de la organización económica no es solamente satisfacer las demandas, sino, sobre todo, "*producirlas* para reproducirse"¹⁷— el fin de la problemática de la necesidad? La respuesta no puede ser más clara: la sociedad industrial avanzada, postindustrial, opulenta, de consumo o llámesela como se quiera no destierra para nada el tema de la necesidad, la escasez o la desigualdad, simplemente lo sitúa en otro ámbito de análisis.

El primer, e importante, paso para desbloquear el problema lo dio el conocidísimo sociólogo y filósofo —de origen alemán y afincado en Estados Unidos— Herbert Marcuse, quien en varias de sus obras recalca la diferenciación entre *necesidades falsas y verdaderas*. Las necesidades falsas serían aquellas que intereses sociales particulares imponen al individuo para su represión: su satisfacción no es otra cosa más que la euforia dentro de la infelicidad, sus medios generadores y mitigadores pasan por el aparato mercantil-publicitario, controlado por las grandes empresas capitalistas. Su resultado: el esfuerzo, la agresividad, la competitividad, el control social. Sólo las necesidades que se explicitan socialmente sin ser suscitadas por un aparato inductor programado pueden ser tildadas por propiedad de *verdaderas*. Pero más que esta diferenciación —que nada tiene en común con aquellas "jerarquías" que vimos antes— nos interesa aquí la argumentación que la sostiene y la completa. Así, para Marcuse: "El juicio sobre necesidades y su satisfacción bajo las condiciones dadas, implica normas de prioridad: normas que se refieren al desarrollo óptimo del individuo, de todos los individuos, bajo la utilización óptima de los recursos materiales e intelectuales al alcance del hombre (...). Pero en tanto que normas históricas no sólo varían de acuerdo con el área y el estado de desarrollo, sino que también sólo pueden definir en (mayor o menor) contradicción con las normas predominantes. ¿Y que tribunal puede reivindicar legítimamente la autoridad de decidir? En última instancia, la pregunta sobre cuáles son las necesidades verdaderas o falsas sólo puede ser resuelta por los mismos individuos, pero sólo en última instancia: esto es, siempre y cuando tengan la libertad para dar su propia respuesta. Mientras se le mantenga en la incapacidad de ser autónomos, mientras sean adoctrinados y manipulados (hasta en sus mismos instintos) su respuesta a esa pregunta no puede considerarse propia de ellos"¹⁸.

Marcuse da pistas importantes para abordar el problema de la necesidad, aunque también deja en un lugar muy poco operativo el tema cuando introduce la diferencia entre falsas y verdaderas necesidades. Nosotros preferimos hablar de la dife-

rencia entre *deseos y necesidades*¹⁹; la producción para el deseo es la producción característica y dominante en el capitalismo avanzado, esto es, es una producción derivada de la creación de aspiraciones *individualizadas* por un aparato cultural (y comercial). El deseo se asienta sobre identificaciones inconscientes y siempre personales (aunque pueden coincidir en miles de millones de seres) con el valor simbólico de determinados objetos o servicios, habitualmente hoy en día en el campo socioeconómico, manipulados por los mensajes publicitarios; la necesidad, sin embargo, *es previa al deseo* y al objeto simbólico que origina ese deseo, es social y dado un determinado contexto universal en él. La necesidad surge, pues, del proceso por el cual los seres humanos se mantienen y se reproducen como individuos y como individuos sociales, es decir, como seres humanos con una personalidad afectivo-comunicativa en un marco socio-histórico concreto.

Los deseos tienen sus bases más o menos remotas, y en la civilización consumista actual cada vez más remotas, en las necesidades: es fácil descubrir en cada acto de consumo por muy sofisticado que este sea el substrato de necesidad que lo apoya. Pero la dinámica actual del *mercado* neocapitalista se encuentra más orientada por un proceso de estimulación de la demanda sustentando en un sistema de valores simbólicos sobreañadidos, distorsionantes, muchas veces hasta el infinito, del valor de uso (es decir, de la capacidad para satisfacer una necesidad) de la mercancía, que por el propio valor de uso.

Es aquí donde surge el problema. Las necesidades no satisfechas en la sociedad industrial aparecen *no por la insuficiencia* de producción, sino *por el tipo* de producción para el deseo, o lo que es lo mismo, la necesidad como fenómeno *social* no tiene validez económica si no presenta la forma de un deseo solvente individual monetarizable. Quedan así desasistidas todas aquellas necesidades que, por diferentes motivos históricos, escapan a la rentabilidad capitalista, marcando con ello los límites de su eficiencia asignativa en la medida que el mercado únicamente conoce al "*homo economicus*" —que sólo tiene entidad de comprador, productor o vendedor de *mercancías*—

y desconoce al hombre en cuanto ser social que se mantiene y reproduce al margen de la mercancía. Este hecho lo ha reflejado muy gráficamente el periodista norteamericano William Meyers en su agudo estudio sobre la publicidad en su país: "los norteamericanos *dirigidos por la necesidad* son los supervivientes, la gente que lucha por mantenerse con salarios al límite de la subsistencia. Muchos de ellos vienen de la Seguridad Social o de la Beneficencia o perciben el salario mínimo. Estos ciudadanos, que representan al 15% de la población norteamericana, no son consumidores en el verdadero sentido de la palabra. Están tan ocupados con poder subsistir y llegar al final de mes, que no tienen tiempo de preocuparse por el tipo de cerveza que beben o la imagen que proyectan los cigarrillos que fuman. Estos dirigidos por la necesidad no conducen automóviles nuevos ni compran ordenadores personales y raramente tienen el dinero suficiente para ir con su familia a un restaurante rápido. En lo que a la Avenida de la Publicidad se refiere, el dirigido por la necesidad no existe. Son la gente que en este país se siente menos afectada por los anuncios de televisión. Cuando se es tan extremadamente pobre el dinero no llega y se compra lo que se puede. Ni siquiera los brujos de Madison Avenue pueden encontrar una cura para la pobreza"²⁰.

Hemos ido avanzando en este trabajo poco a poco desde la necesidad, como un concepto fundamentalmente biológico, hasta *la necesidad como un concepto eminentemente político*. El análisis de las necesidades —y de las formas de paliarlas— nos remite "sobre todo a *elecciones* entre objetivos y fines políticos en conflicto y su formulación; analiza aquello que constituye una buena sociedad, que distingue culturalmente entre las necesidades y aspiraciones del hombre social en contradicción con las del hombre económico"²¹. La forma en que se convierte una necesidad percibida en una necesidad *normativa* —esto es, oficialmente reconocida por las instituciones políticas²²— es, por tanto, un proceso de decisión social. Lo que tenemos que garantizar, pues, es que la esfera de la decisión de la necesidad sea la esfera de la *participación y no de la dominación*, que el ámbito de la política no sea la reproducción de los poderes establecidos, sino donde

estos se limitan, fijándose los fines y los medios sociales a partir de un debate explícito y abierto. Las necesidades o son determinadas políticamente —participativamente— o serán sistemáticamente desdenadas, o, si pueden tener alguna solvencia económica, manipuladas o convertidas en deseos mercantiles.

En función de la estructura política que se construya tendremos el lugar que las necesidades ocupen en los objetivos sociales²³, desde un espacio *residual*, relegadas siempre y en todo lugar al funcionamiento del mercado y “maquilladas” vergonzosamente en aquellos puntos donde la asignación no ha funcionado de forma evidente (y cruel), a un espacio *central* institucional redistributivo que ponga siempre por delante los valores de uso a los valores de cambio-signo. El primer modelo significa la *negación de lo social*, el segundo la constitución de una sociedad solidaria²⁴. Hoy, más que nunca, parece que los dos modelos deben analizarse, estudiarse y sopesarse con profundidad; hoy, igual que siempre, desde las posiciones más cómodas y acomodadas sólo plantearse el debate es descalificado con gruesos argumentos, como dice Galbraith con el buen criterio de su prosa: “Sugerir que examinemos nuestras necesidades públicas para ver donde la felicidad puede ser aumentada por más y mejores servicios tiene un tono marcadamente radical. Incluso es necesario defender hasta aquellos servicios que sirven para evitar los desórdenes. Por el contrario, quien idea una panacea para una necesidad no existente y promueve ambas con éxito sigue siendo un prodigio de la naturaleza”²⁵. Sin embargo, es un debate pendiente que resulta cada día más necesario para fijar el estado real de nuestra civilización. Incluso si lo demoramos puede que esta última palabra “civilización” se quede sólo en eso, en la palabra vacía.

Postmodernidad y deseo: una crítica desde las necesidades sociales

Abordaremos ahora un punto especialmente desenfocado en la orientación postmoderna que venimos recibiendo con

especial profusión en los últimos años²⁶: es aquel que refugiándose en el nihilismo y la ironía trata de hacernos ver que el reino de la necesidad quedó absolutamente desterrado de la sociedad contemporánea, pues ha sido sustituido por la tiranía de los signos. De tal forma que esta moderna sociedad de la “opulencia simbólica” está construida tan artificialmente que no hay posibilidad de determinar ningún sentido real al concepto de “escasez”. Lo que significaría que este orden del deseo representa el fin de la problemática de la necesidad, pues se mueve en un espacio de simulaciones y añagazas que impide cualquier pretensión de racionalidad: “el problema de la muerte de lo social es simple: lo social muere por una extensión del valor de uso que equivale a una liquidación. Cuando todo, comprendido en ello lo social, llega a ser valor de uso, es un mundo que ha llegado a ser inerte, en el que se opera lo inverso de lo que Marx soñaba. Él soñaba una reabsorción de lo económico en lo social (transfigurado). Lo que sucede es la reabsorción de lo social en la economía política (banalizada). Es el mal uso de las riquezas lo que salva a una sociedad”²⁷.

El consumidor del postestructuralismo amarrado por el deseo —de nuevo aparece el deseo como paradigma central de lo inconsciente y la irreflexividad tan cara para toda esta corriente— acaba presentando así una funcionalidad tan evidente como la del consumidor racional, egoísta y superindividualista de la economía neoclásica liberal. Para nosotros, sin embargo, la realidad no puede ser más diferente: la sociedad industrial avanzada, postindustrial, opulenta, de consumo o llámesela como se quiera no destierra para nada el tema de la necesidad, la escasez o la desigualdad, simplemente lo sitúa en otro ámbito de análisis. Primero es cierto que la grandiosa profusión de objetos y mensajes que ha supuesto la producción fordista y postfordista ha roto cualquier proyecto de encontrar una base naturalista, objetivo o biológico del concepto de necesidad, o del concepto de *escasez*, conceptos que —como aquí hemos argumentado— ya no pueden definirse en función de niveles físicos, absolutos y cuantitativos. Pero tampoco se pueden disolver en una metafísica de la manipulación o de la muerte de lo social, sino recolocarlos en los términos más

difíciles de delimitar, pero más realistas, de la relación cualitativa entre el conjunto de necesidades determinada socialmente y los medios disponibles para su satisfacción²⁸. Si utilizamos la terminología de Fred Hirsch²⁹, podríamos decir que el dilema de la escasez he pasado a dirimirse no sólo en un marco material (de saturación física) sino también y fundamentalmente en un *marco posicional* (de permanente carencia simbólica), y por lo tanto cada vez más fuertemente social. Esto es, los individuos valoran su bienestar material no en términos de la cantidad absoluta de bienes que tienen sino en relación con una *norma social* de bienes que deberían poseer³⁰.

Nosotros además insistimos en trazar la diferencia entre deseos y necesidades —conceptos confundidos por el pansemilogismo postmoderno dada su suposición del final de la escasez, y el definitivo dominio de la opulencia simbólica y la dictadura del deseo—, rescatando el concepto de necesidad de cualquier pretensión esencialista para darle un carácter *comunicacional y constitucional* en el sentido sociopolítico de su formación activa en el seno de la estructura de poderes sociales³¹. Como dice Agnes Heller en un texto apasionante que completa y complementa su ya larga obra dedicada al tema: “Necesidad es una categoría social. Los hombres y mujeres ‘tienen’ necesidades en tanto *zoon politikon*. (...) Los deseos siempre son personales, idiosincráticos; incluso pueden permanecer inconscientes; no podemos saber exactamente lo que otras personas desean; tampoco sabemos exactamente lo que deseamos. Al contrario de las necesidades, los deseos no pueden ser completamente verbalizados, a veces ni siquiera aproximadamente”³².

Que los deseos gobiernen la producción privada no significa que las necesidades sociales hayan desaparecido —como pretende este postestructuralismo postmoderno—, ni que no existan enormes espacios de lo social que están regulados por dinámicas de conflicto y expresión política de la necesidad —el Sector Público y el Estado del Bienestar—, ni tampoco, finalmente, que necesidad y deseo se puedan desnaturalizar en un concepto “signo” que confunda las necesidades comunes que son colectivas

y encarnadas en actores sociales (el hombre social), con los deseos, que son individuales, y encarnados en el hombre económico³³, reduciendo, además en este proceso, el universo general de las culturas a las redes simbólicas del deseo privado que forman las marcas y la moda.

Esta situación nos hace pensar que todavía los desafíos para el proyecto moderno son muchos³⁴, y que antes de predicar el final de lo social, de la historia, de la razón, de la necesidad o de todo (para acabar antes), hay que plantearse su enriquecimiento y transformación social desde los diferentes proyectos de historicidad que tienen sus actores. Afortunada o desafortunadamente tenemos historia y, es más, historia para rato. El deseo no es ni la superación, ni la supresión de la política, sino un nuevo espacio de desafío, que completa y complejiza sus territorios históricos, pero no los elimina.

Frente a las visiones “apocalípticas” que acaban convirtiendo el individuo de la actual sociedad industrial avanzada en simple *sujeto deseante* amarrado, sin la mínima autonomía, a los medios de comunicación de masas —lo que no es más que reconstruir de manera negativa y absoluta la visión “integrada” del mejor de los mundos posibles³⁵—, es necesario resaltar las posibilidades del sujeto político que como actor expresa ámbitos de la necesidad no colonizados ni derivados de la red de “simulacros” impuestos por el aparato de programación social³⁶. Es necesario, así, reconocer que en la pura negatividad apocalíptica lo que se encuentra es otra forma de la superintegrada versión del final de las ideologías, y, en suma, una manera más de expresar una “razón cínica”³⁷ que se apoya en los mejores productos de la modernidad, para degradarla en mera razón técnica de manera integrada o en la sinrazón de sus subproductos más aberrantes, a la manera postmoderna. Ya Max Horkheimer y Theodor W. Adorno³⁸ señalaron la ambivalencia del proyecto moderno y sus contradicciones; siguiendo el mismo camino uno de los últimos epígonos de la Escuela de Frankfurt, Albert Wellmer³⁹, sigue insistiendo en que en la modernidad es tanto la acumulación económica y la razón técnica, como el progreso

y la solidaridad social. Al fin y al cabo, tanto la versión Adam Smith como la versión Durkheim —las llamaríamos nosotros— han estado presentes, y sólo las correlaciones de fuerzas concretas y crítica radical a estas dos vías han ido colocando el proyecto moderno en su materialización particular. La razón cínica postmoderna de un Baudrillard⁴⁰ o un Lipovetsky⁴¹ prefieren refugiarse en su cinismo expreso y en su canto al abandono de cualquier deber, para abandonar a su suerte al proyecto moderno y con ello permitir también su deriva hacia su encallamiento definitivo: “El postmodernismo es una mala filosofía en todos sus aspectos, pero sobre todo en su adhesión acrítica a una teoría del lenguaje y de la representación cuyo anti-realismo extremo o su prejuicio escéptico termina por dar lugar a una posición de nihilismo total. Que la Guerra del Golfo proporcionara un ejemplo tan evidente de nuestra llamada ‘condición postmoderna’ es razón suficiente como para enfrentarse a dicha condición con armas que puedan combatirla”⁴².

De esta manera, es necesario insistir en la *eficacia simbólica* limitada de todo mensaje comunicativo. Pues por mucho que sus propagandistas quieran, lejos de moverse por el modelo de estímulo-reflejo, los sujetos receptores descodifican los mensajes recibidos según un marco de referencias multidimensional en el que hay que encuadrar fundamentalmente sus posiciones ideológicas efectivas, y sus *percepciones concretas del espacio de la necesidad*, el conjunto de resistencias y racionalizaciones que frente a ellos se levantan. Con todo esto queremos dar a entender que existen *espacios sociales* que no son reproducciones “clónicas” o milimétricas de la estrategia de dominación de la lógica comunicativa del capitalismo tardío. La irrupción de los medios masivos en los grupos sociales cotidianos significa la *distorsión* de su comunicación, pero no la supresión absoluta de su identidad como grupo y su expresión de las necesidades. Todo proyecto de profundización y enriquecimiento de la participación democrática debe obligatoriamente tener en cuenta que sólo por la constitución de una situación de comunicación no distorsionada —no sujeta a la dominación de lógicas mercantiles externas— se puede lograr la situación práctica real capaz

de crear las bases de cambio en todo proceso de transformación social, donde el reconocimiento de las necesidades concretas pase a primer término de la política de lo cotidiano.

Por tanto, más que presentar el tema de la satisfacción de las necesidades como una *utopía integral*, dialógica y comunicativa, como una propuesta global y absolutizadora, capaz de aglutinar todas las “energías utópicas” de la sociedad y sustituir otras utopías gastadas, tales como la vieja utopía socialista del trabajo autodefinido —proyecto, dicho sea de paso, que inmediatamente encuentra barreras tan evidentemente tangibles como lógicamente insalvables y que ha sido el flanco débil por el que se han precipitado las más demoledoras críticas a autores como Habermas⁴³— es más coherente, sin embargo, hacer una propuesta de reconocimiento de las necesidades como diálogos abiertos y recíprocos para la consecución *cotidiana* de espacios comunicativos libres donde salir de los circuitos recurrentes de las opciones informativas y decisionales dominantes. Inmediatamente el tema nos lleva a la constitución y desarrollo de los *nuevos movimientos sociales*⁴⁴ como formas alternativas y paralelas de expresión comunicativa de una percepción de necesidad, en el sentido más primigenio del término, ésto es, de *comunidad* de ideas, visiones del mundo, discursos teóricos y acciones prácticas, convirtiéndose así en ámbitos estructurados comunicativamente según identidades cotidianas y enfrentados a la definición *formal* que los aparatos ideológicos establecidos realizan de esa identidad: “La revolución de lo particular, de lo viejo, de lo provinciano, de los espacios sociales abarcables, de las formas de trato descentralizadas, de las actividades desespecializadas, de las viejas tertulias, de las interacciones simples y de los espacios de opinión pública desdiferenciados, representarían tentativas de fomentar, de revivificar posibilidades de expresión y comunicación que yacen sepultadas”⁴⁵.

Todas estas, en apariencia, pequeñas propuestas comunicativas parecen demasiado limitadas, demasiado débiles para ser enfrentadas al fantástico mundo de los medios instituidos. Sin embargo, son estos *ruidos* en la comunicación formal los

capaces de deslegitimar una ideología que encuentra su mayor refuerzo en su presentación como única, inapelable, completa y acabada. El paso *comunicativo* —comunitario— de un proyecto político colectivo sólo se puede basar en la descentralización, la desmediatización, la participación activa, la expresión libre, y en una palabra, la democracia. La comunidad no es un residuo del pasado, sino la construcción concreta de vínculos activos entre los sujetos para satisfacer de manera activa sus necesidades sociales. Frente a la confusión postmoderna de la comunicación con la simple imposición de códigos y mensajes informativos —o la no menos interesada pretensión neoliberal de presentar a la comunidad como un espacio arcaico, totalitario y despersonalizador—, hay que resaltar que la comunidad es comunicación sin mediación/mediatización⁴⁶. Hoy sabemos que hay que plantear la idea de comunidad no como un espacio unitario, opresivo y autoritario, tal como contemplamos hoy a las comunidades tradicionales, sino en su dimensión moral⁴⁷, como una red de elecciones libres basadas en la consciencia de que sólo en la reciprocidad de las relaciones no dinerarias se produce el verdadero reconocimiento de la diferencia y la particularidad. Como dice Pietro Barcellona⁴⁸ en una de sus muy interesantes contribuciones al tema, la comunidad en su desarrollo es un espacio conflictivo donde se defienden y se valoran las particularidades individuales, auténtico antídoto para la conversión de los ciudadanos —modernos o postmodernos, tanto da— en “alfabetos sociales”.

Las sociedades industriales conocen, es bien cierto, una auténtica explosión de la opulencia consumista, la información y los medios comunicativos, una *opulencia comunicativa*, sólo cuantitativa y centrada en los medios técnicos, que ha hecho retroceder hasta el mínimo el sentido de lo colectivo o lo solidario, consiguiendo imponer la idea de la sociedad como simple sumario o yuxtaposición de individuos deseantes⁴⁹. La coherencia y el sentido de lo social se han segmentado en ámbitos privados *interconectados* pero escasamente comunicados. Si tomamos el término *comunicación* en un significado profundo y esencial —la comunidad de ideas y experiencias comunes

manifestadas libre e igualitariamente—, nos damos cuenta de que el proyecto postmoderno prefiere antes acabar con la comunicación misma, a base de cantar y venerar los excesos del modelo mediático dominante, que denunciar tanto los procesos de despilfarro,—y por ello de desigualdad— de ese modelo, abocado sin remedio a la *miseria* cualitativa de una comunicación degradada y manipulada, a la que nos tienen acostumbrados y sometidos los medios ideológicos más potentes. Por ello, es un paso fundamental para la constitución de un orden democrático la construcción de espacios comunicativos desde la identidad y la alteridad de los sujetos concretos capaces de decidir y reivindicar autónomamente sus necesidades, paso que no se dará dejándonos arrastrar por la retórica del fin de todo —o mejor, a la manera de Baudrillard, del final hasta del final—, sino por las críticas, las acciones y las movilizaciones efectivas. Sólo la democracia es el remedio efectivo para la necesidad.

La modernización de la pobreza

Ante el abrumador crecimiento de las nuevas capacidades productivas de la economía fabril semiautomatizada durante el desarrollo y consolidación del neocapitalismo consumista, y del número de objetos lanzados ininterrumpidamente al mercado (efecto directo del proceso anterior), se han modificado las coordenadas cuantitativas y cualitativas que delimitan el sistema de estratificación social, esto es, se ha producido un nuevo marco para el análisis y conceptualización del sistema mismo de escasez, lo que expresado con la sencilla, pero contundente y exacta expresión de Ivan Illich, podríamos denominar *una “modernización de la pobreza”*⁵⁰.

En efecto, como han puesto de manifiesto algunas conocidas aportaciones de la teoría antropológica —encabezadas por los interesantes trabajos de Marshall Sahlins⁵¹— el moderno sistema industrial *instituye* la escasez de una manera totalmente nueva si se compara con cualquier gran etapa histórica precedente. La

escasez ya no tiene su causa en una *insuficiente* producción, sino en el tipo de producción y la naturaleza de los productos fabricados, que no hacen más que reflejar la organización social en que aparecen y evolucionan. Por lo tanto, *la escasez no es una propiedad de los medios técnicos, es una relación entre medios y fines*: si el conjunto de demandas inducidas por el aparato productivo crece hasta un punto tal que, dada la velocidad de renovación de los productos y la aparición de otros nuevos, puede considerarse cercano al infinito, pero los medios para satisfacer estas demandas son limitados (aunque en crecimiento) y el acceso a ellos sigue estando discriminado, la brecha entre medios y fines permanece abierta e incluso puede ir en aumento.

El desarrollo económico en su evolución consigue, parcialmente, poner al alcance general un paquete estandarizado de bienes (entre los que se incluyen fundamentalmente los comúnmente llamados de "primera necesidad"). Esto, no obstante, no quiere decir que se reduzcan la escasez y la desigualdad, sólo significa que *se reproducen sobre nuevas bases*: "el mercado ofrece los productos: todas las cosas deseables al alcance del hombre, pero nunca enteramente al alcance de su mano. Lo que es peor, en este juego de libre elección del consumidor, cada adquisición es al mismo tiempo una privación, porque cada vez que se compra algo se deja al lado otra cosa, en general poco menos deseable, e incluso más deseable en otros aspectos..."⁵². Esta permanente situación de *escasez social* inducida por mecanismos genuinamente *económicos* (el mercado y el sistema de precios), que no por determinantes de tipo físico, técnico o material, le sirve al mismo Sahlins para redefinir el concepto mismo de pobreza cotejándolo incluso con el de las culturas neolíticas, y presentarlo en los siguientes términos: "La población más primitiva del mundo tenía escasas posesiones, *pero no era pobre*. La pobreza no es una determinada y pequeña cantidad de cosas, ni es sólo una relación entre medios y fines, es sobre todo una relación entre personas. La pobreza es un estado social y como tal es un invento de la civilización"⁵³.

Se pueden encontrar varios mecanismos *sociales* para provocar la aparición de la escasez (dado un grado de producción y de existencia de recursos determinado) y no sería difícil asegurar que, en un principio, todos ellos se derivan de la *estructura de poder* (económico, político, institucional, etc.) que se presenta en cada formación económico-social determinada en un momento cualquiera de su evolución histórica.

Los mecanismos "tradicionales" de generar escasez fueron (y son, porque su funcionamiento no se ha visto en nada reducido por la sociedad industrial contemporánea) principalmente dos⁵⁴: en primer lugar, *el acaparamiento*, que no es más que la distribución desigual de un bien entre los miembros de una comunidad, de tal manera que un grupo, casta, estrato, clase, etc. (o conjunto de estos) es capaz de reservarse para su uso exclusivo una proporción del bien cuantitativamente mayor que la que le correspondería por su número. Este proceso (del que el ejemplo más remoto sería la apropiación privada de la tierra, y el más inmediato, la repartición de la Renta Nacional) es el principal motivo en la aparición de la escasez —o si seguimos la terminología de Sahlins en la "aparición de la pobreza"—, pues hace que unos recursos que, o bien serían libres (tierras, bosques, recursos naturales en general), o bien por ser producto del trabajo colectivo estarían disponibles en cantidades *casualmente suficientes* (sea el que sea su tamaño físico, que depende del estado de desarrollo tecnológico de cada economía) aparezcan como inaccesibles o escasos: "La escasez aparece cuando la organización social se apropia de ciertos bienes y decreta su uso como indispensable para la vida o el prestigio del grupo. A partir de entonces la rivalidad propaga la violencia, pues el deseo es agujoneado por la *mímesis* de las cosas deseadas por los otros. Es pues, necesario imaginar que en el origen de la violencia, y de los males sociales no se encuentra la escasez, sino que, al contrario, la violencia, la mala organización social, la dominación y la explotación se encuentran en el origen de la escasez"⁵⁵.

En segundo lugar tenemos un mecanismo que no es posible presentar como independiente del anterior, sino que más bien

constituye una forma de establecer de una manera concreta el principio del acaparamiento. Consiste en institucionalizar el *acceso reservado al consumo de un bien o recurso*, de tal modo que se instituyen barreras para su libre uso, barreras que en su funcionamiento son objetivas, pero en sus efectos son discriminatorias. Este es el sistema que adquiere su máxima vigencia con el advenimiento histórico del modo de producción capitalista, ya que en él se *mercantiliza el acceso* a cualquier bien económicamente valorado. Así, *el mercado, los precios y la ley del valor* reproducen la escasez en su doble sentido. Primero en un sentido *absoluto*, porque la ley del valor impone tanto el tipo como el volumen de producción que cumple con la restricción principal: ser compatible con la maximización del beneficio. Atacado este requisito de la rentabilidad, la cantidad producida se estabiliza o el artículo no se fabrica (aunque no esté cubierta la demanda social o tal artículo tenga una utilidad pública incuestionable), el valor de cambio crea entonces una *escasez artificial* imprescindible para fundamentar la producción con beneficio. Pero, también, en un sentido *relativo*, pues la determinación que impone la producción para el mercado es eliminar *la gratuidad* en el acceso a los diferentes bienes: si el consumo no se convierte en actividad mercantil no sirve como base del intercambio y la acumulación, por eso a nivel económico general se debe asegurar la desigualdad como condición imprescindible para que se instituya el intercambio mercantil.

El precio suprime, de esta forma, la libre disposición de los productos y además, si está fijado por una dinámica exclusivamente económica que se guía por la lógica de la ganancia (no entremos ahora en el tema de los precios políticos o regulados estatalmente) la asignación de recursos que provoca no puede ser *mercantilmente eficiente* si no corresponde —como indirectamente propugnaban y propugnan los economistas liberales neoclásicos— con la *estructura de la propiedad* en que se genera. Esto supone que donde el mercado domina se produce la *exclusión* de toda posibilidad importante de que el acceso libre, la gratuidad, la donación o el intercambio personal se constituyan en bases del consumo social⁵⁶.

Sin embargo, y en tercer lugar, podemos referenciar un método *específico* que se generaliza en el *capitalismo* industrial de post-guerra para reproducir permanentemente la escasez (relativa), y decimos *generaliza* porque se pueden encontrar ejemplos de implantación particular desde las culturas preindustriales más "primitivas" —bien estudiados y contextualizados por Marvin Harris en una de sus abundantes y muy difundidas obras⁵⁷—, mas no es hasta esta última gran etapa histórica cuando cumple una función estructuralmente imprescindible en el modelo de desarrollo económico y social.

Este método característico no es otro que la máxima expansión del *consumo distintivo*: cuando el aparato productivo de una sociedad en su regulación interna permite que la mayoría acceda a lo que hasta entonces —por responder a un marco de acumulación diferente— era privilegio de una minoría, ese privilegio se desvaloriza. El umbral de la pobreza se eleva, pero al mismo tiempo deben ser creados nuevos privilegios que, por un determinado período de tiempo como mínimo, tienen que quedar excluidos para la mayoría porque recreando sin cesar la escasez (o lo que es lo mismo, recreando la desigualdad y la jerarquía) la sociedad engendra más necesidades insatisfechas que las que colma. Ésta es la condición para mantener una demanda efectiva que pueda sostener el crecimiento exponencial que se deriva de la reproducción ampliada del capital: el grado de frustración en el consumo tiene que ir por delante incluso del grado de crecimiento en la producción⁵⁸ para que todo el sistema se mantenga bien drenado y no aparezcan las tendencias a la sobreacumulación.

Este es un problema central que hay que analizar convenientemente, sobre todo porque rompe con uno de los sofismas más difundidos por las teorías convencionales sobre el consumo, aquel que deduce que del incremento de la producción material se desprende *automáticamente* la reducción de las desigualdades y el final de la escasez, y que en sus versiones más abiertas llega incluso a admitir la permanencia "*residual*" de estos fenómenos, pero precisamente por estar presentes en

aquellos espacios sociales en los que la industrialización no ha hecho todavía su aparición o ha presentado ciertas disfuncionalidades.

En el desarrollo del capitalismo contemporáneo abundancia y escasez no son dos polos absolutos y contrapuestos que se anulan el uno al otro⁵⁹, de tal modo que el incremento del primero suprime el segundo definitivamente; ni el crecimiento tampoco es un proceso que gracias a sus efectos pueda instaurar en el ámbito del consumo los principios del liberalismo democrático, dejando la escasez y la desigualdad relegadas a un lugar *externo* a su propio avance. Por el contrario, el crecimiento mismo se realiza *en función de la desigualdad*. Ésta es —a la vez— su base de actuación y su resultado: la dinámica de la producción diversificada, la renovación permanente y la obsolescencia programada de los objetos no responde a ningún modelo de igualación por el consumo, sino de *diferenciación y clasificación* social que, con cierta autonomía limitada, *reproduce en el ámbito de la distribución y la reproducción el orden de la diferencia que arranca de la esfera de la producción*. Los comportamientos de los consumidores no son actos aislados de ciudadanos soberanos, son prácticas sociales que tienden hacia la reproducción y condensación interna de las diferencias de clase⁶⁰.

Así la desigualdad en el acceso, que se asienta sobre fundamentos estrictamente económicos (desigualdad del poder adquisitivo), se encuentra sobredimensionada por un *factor simbólico* que la recubre y explicita. Los productos no se *actualizan* y difunden para satisfacer las necesidades mayoritarias que se generan en los grupos menos favorecidos de la estructura de clases; el mecanismo funciona de una forma justamente inversa, los productos “nuevos” (cuyo valor de uso, en su sentido material, no tiene que presentar ninguna novedad) son creados, en principio, para convertirse en bienes superfluos de las clases más acomodadas que son las únicas que podrán adquirirlos y que verán colmadas sus aspiraciones permanentes de demostración. Por este sistema se induce una *dinámica desarraigada de la necesidad*, dinámica desigual que desarrolla

el consumo *individual* a través de la utilización con fines de interés privado de la explotación intensiva de los *deseos*.

Esta situación *ordena prioritariamente los objetivos del desarrollo industrial*, marcando su línea principal de evolución a partir de la máxima jerarquización de los productos y de la dominación por parte de la cúspide social de los efectos ideológicos y económicos del crecimiento. No se pueden derivar igualdad y abundancia generalizada (como pretenden las tesis más o menos triunfalistas de la “sociedad opulenta” o de las “etapas del crecimiento”) de un tipo de crecimiento que, precisamente, funciona de la manera contraria y del que proviene el mantenimiento tanto de la insatisfacción consumista permanente en los más amplios sectores sociales (escasez relativa), como los espacios de miseria y atraso (escasez absoluta) que aun los más desarrollados países occidentales mantienen invariables, por no entrar ahora en la pobreza endémica de los países del Tercer Mundo cuya razón en el sistema mundial se hace sencillamente lacerante para cualquier sensibilidad intermedia.

Si los bienes de fabricación preferente son los objetos *privados* y si la orientación de esta fabricación se rige por un proceso de clasificación simbólica, el objeto poseído, símbolo de rango, “signo distintivo”, será inmediatamente deseado por la capa social directamente inferior que va a esforzarse por conseguirlo en ese proceso recreador de la *frustración* al que nos hemos referido más arriba, provocando una interminable secuencia de insaciabilidad de *objetos individuales*. Aun cuando las *necesidades fundamentales de la mayoría* e incluso las necesidades fisiológicas vitales de ciertos *grupos marginales* no estén cubiertas, los recursos productivos siempre se orientan principalmente hacia una rentabilización de esa demanda solvente que *garantiza beneficios* y que surge de la explotación de los deseos.

Y este último punto es el que hay que remarcar para que conocidas aportaciones teóricas al tema que aquí nos ocupan tengan sentido real. Porque, ya sea el argumento expuesto por Galbraith

de la "opulencia privada" en la "escasez pública", ya sea la obra de Baudrillard sobre el intercambio simbólico y el valor de cambio/signo, no pueden explicarse (como sus autores pretenden implícitamente) por sí mismas, sino por la tendencia del modo de producción capitalista a crear espacios genuinamente *productivos*, es decir, capaces de generar ganancias y a moverse siguiendo los dictados de la ley del valor, lo que no incluye ninguna especificación concreta sobre la utilidad, forma material o simbólica, necesidad social o valor de uso más que la impuesta por las *condiciones particulares de la valorización del capital* en el período histórico que se considere. Lo que, consecuentemente, relega o a su propia suerte o a la intervención subsidiaria del Estado toda demanda social que no pueda traducirse en términos de rentabilidad y rendimiento directo⁶¹.

Crecimiento económico y distribución de la riqueza son dos conceptos que no tienen ninguna vinculación lineal necesaria y positiva. Lo que sí existe es un cambio *cualitativo* de la escala absoluta de la desigualdad, a base de la *desvalorización continua* de los objetos, servicios y niveles de vida a los que accede la mayoría; objetos, servicios y niveles de vida que, por lo demás, son el producto necesario de un modelo de acumulación *autocentrado* que convierte a la fuerza de trabajo, además de en el principal factor productivo, en el principal *factor de realización* (sector de consumo) de los valores fabricados en el mercado. Por fin, se mantienen inalteradas aquellas formas sociales (nacionales o internacionales) cuya funcionalidad económica no es específica en ese modelo autocentrado, como es el caso de las zonas y grupos "atrasados" o "marginados" en los países desarrollados y las economías exportadoras periféricas.

Conclusión

En suma, la relación estructural que introduce la desigualdad social en las prácticas de consumo está determinado por el propio modelo de crecimiento y no aparece como mero

residuo exterior a él⁶². La —por algunos denominada— "civilización de la abundancia" no sólo tiene otra cara o mantiene sus espacios oscuros por no haber sido estos tocados por su mágico impulso modernizador, sino que es a la vez una civilización permanente de la escasez porque el tipo de desarrollo económico en que se basa, y el modo de vida que crea, es un sistema que impone el deseo sobre la necesidad, lo superfluo sobre lo fundamental, la apariencia sobre la esencia, el parecer sobre el ser.

Además, el impacto de toda la magnífica diversión y profusión de simulacros elitistas que ha traído consigo el neocapitalismo individualista postmoderno, triunfante en la década de los ochenta y primeros noventa, ha acabado por provocar una perversión misma del concepto de igualdad rompiendo cualquier pretensión de hallar un marco naturalista, objetivo y general, para evaluar los efectos sociales de la evolución combinada de las pautas de producción y consumo en la estructura de la sociedad industrial. En este sentido la noción básica de necesidad, que aparecía como vínculo clásico entre consumo y bienestar, deja de tener un carácter natural, fisiológico o autónomo, para desdibujarse en un espacio informe, en el que intentar introducir un nivel o barrera cuantitativo no es más que formalizar artificialmente lo informalizable, intentar medir lo inmedible. Precisamente porque el capitalismo cuanto más avanzado y desarrollado menos conoce de necesidades y más conoce de deseos, *serán los propios actores sociales en sus reclamaciones de derechos los que realmente establezcan el marco de la necesidad y no ningún cálculo externo tecnocrático o profesionalista*⁶³. Lo mismo ocurre con el concepto de escasez, que ya en ningún momento puede definirse en función de niveles físicos, absolutos y cuantitativos, sino en la relación cualitativa entre el conjunto de necesidades determinadas socialmente y los medios disponibles para su saturación.

El despilfarro supone y ha supuesto un hecho consustancial a un modelo de desarrollo económico y se ha aumentado en los

últimos años cuando las políticas antidistributivas de corte neoliberal han supuesto la austeridad y el recorte de prestaciones para los sectores más desprotegido de la sociedad occidental y el consumo más ostentoso y escandaloso para los nuevos gestores de la economía de la especulación financiera⁶⁴. La economía ha tendido a crecer por el lado más inmaterial y simbólico haciendo crecer exponencialmente el mundo de las apariencias sin atacar convenientemente la esfera de la necesidad social.

Presentar, por eso, ahora esta necesidad extrema que ha vuelto a mostrar su cara en épocas tan doradas como un hecho sin motivos o como residuo producido por falta de desarrollo, ya sea por inadecuación meritocrática de las personas afectadas —como en caso neoliberal—, ya sea por difusión de valores o retrasos culturales —como en el caso funcionalista—, y luego cuantificarlas creando una categoría estadística "ad hoc", no es más que la vieja táctica del avestruz positivista que esconde su cabeza bajo centenares de datos que impiden ver el verdadero origen del problema. Por crear categorías de pobres y rellenarlas con los datos que nosotros mismos hemos producido no atacamos un problema que no es cuantitativo sino cualitativo, de modelo de desarrollo y de objetivos civilizatorios. Como en todo proceso de medida en sociedad sólo es necesario cambiar la forma de medir para que cambie el número oficial de pobres: ¿si en vez de ocho millones de pobres hubiera sólo cuatro millones estaríamos más tranquilos, dormiríamos mejor? ¿Son sólo pobres los que están estigmatizados por la categoría formal y oficial de pobres? ¿Si considerásemos la mitad del ingreso que ahora estimamos como umbral de la pobreza habrían disminuido automáticamente la mitad de los pobres? Vivimos, trabajamos, producimos y nos reproducimos en un sistema que esta hecho de cara a la explotación de los deseos para conseguir los beneficios, la necesidad siempre queda subordinada al beneficio y eso genera costes que sólo una politización activa y una crítica fuerte al sistema que los causa puede darnos cierta visión relevante del problema. Contar pobres no basta, es necesario considerar la estructura de poder que los crea.

Notas

1. J. Le Goff, *La vieja Europa y el mundo moderno*, Madrid, Alianza, 1995, pág. 71.
2. H. Arendt, *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997, edición de Fina Birulés, p. 50.
3. Véase, por ejemplo, los trabajos de L. Doyal e I. Gough, "A Theory of Human Needs", en *Critical Social Policy*, nº 10, verano 1984, P. Foster, *Access to Welfare*, Londres, Mac Millan, 1983, y J. Bradshaw, "The Concept of Social Need", en M. Fitzgerald y otros (Eds), *Welfare in Action*, Londres, Routledge/The Open University Press, 1977.
4. B. Malinowski, *Una théorie scientifique de la culture et autres essais*, París, Seuil, 1968, págs. 105 y ss.
5. A.H. Maslow, *Motivación y personalidad*, Barcelona, Sagitario, 2ª edición 1975, págs. 85-159.
6. Véase a este respecto el importante artículo de J.M. Naredo, "El fetichismo del consumo", en *Transición*, nº 28, enero 1981. El argumento esta desarrollado por el propio José Manuel Naredo en "Sobre pobres y necesitados", en *Igualdad. Boletín de la Fundación Argentaria* nº11, diciembre 1994 (artículo reproducido en este libro), y pueden encontrarse sus fundamentos epistemológicos en la crítica de la economía convencional en la monumental monografía de este autor: *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
7. J.K. Galbraith, *The affluent society*, Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, reimp. 1975, pág. 144.
8. J. M. Keynes, *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1988, págs. 328-333.
9. J. Baudrillard, *Pour une critique de l'économie politique du signe*, París, Gallimard/Tel, 1976, págs. 84-85, describe acertadamente este proceso cuando dice: "De hecho, el 'mínimo vital antropológico' no existe: en todas las sociedades está determinado residualmente por la urgencia primordial de un excedente: la parte de Dios, la parte del sacrificio, el gasto suntuario, el beneficio económico. Es esta parte para el lujo lo que determina negativamente el nivel de supervivencia y no a la inversa (ficción idealista). En todas partes existe la primacía del beneficio, del provecho, del sacrificio en la definición de la riqueza social, primacía del gasto 'inútil' sobre la economía funcional y la subsistencia mínima". Por otra parte el clásico historiador alemán W. Sombart, en su obra *Lujo y capitalismo*, Madrid, Alianza, 1979, realiza un fascinante estudio de cómo el lujo es un potente impulsor del desarrollo económico y especialmente de cómo las mercancías superfluas tienen un papel fundamental en la génesis histórica del capitalismo.
10. A. Gorz, *Estrategia obrera y neocapitalismo*, México, Era, 1969, págs. 143-144. La reflexión sobre las necesidades realizada por Andre Gorz se ha ido asentando en los últimos veinticinco años, siempre realizada en la línea de la crítica de la racionalidad económica instrumental del productivismo contemporáneo; productivismo del que, en buena medida, no ha sabido salir, según Gorz, ni gran parte de la izquierda ni el sindicalismo clásico. Véanse así, por ejemplo, André Gorz, *Los caminos del paraíso*, Barcelona, Laia, 1986 y *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido*, Madrid, Sistema, 1995.
11. Para ampliar las críticas a los acercamientos "biologistas" o "psicologistas" al tema de las necesidades cfr. F. Godard, "De la notion de besoin au concept de pratique de classe", en *La Pensée*, diciembre 1972. Una revisión de la polémica teórica surgida en la determinación del concepto mismo de necesidad, realizada mediante el estudio de los enfrentamientos conceptuales

—subjetivismo/objetivismo, relativismo/universalismo, así como de sus posibles combinaciones— a los que se ha acudido para asentar la base más o menos estable del estudio de las necesidades, se encuentra en F. Aguiar, "Teorías de las necesidades, una tipología" en *Revista Internacional de Sociología*, nº 13, enero-abril de 1996.

12. A. Heller, *Teoría de las necesidades en Marx*, Barcelona, Península, 1978, pág. 115.

13. *Ibid.* pág. 23.

14. P. Fedida, *Dictionnaire de la psychanalyse*, París, Larousse, 1974, voz "deseo".

15. Th. Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, México, FCE, reimpresión 1974, págs. 37-38.

16. J. Baudrillard, *Pour une critique de l'économie politique du signe*, op. cit. págs. 77 y ss.

17. M. Guillaume, *Le capital et son double*, París, Presses Universitaires de France, 1975, pág. 48.

18. H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, Barcelona, Seix Barral, 1972, págs. 34-36; y también *Centre-révolution et révolte*, París, Seuil, 1973, págs. 27-47.

19. Nuestra diferenciación entre deseos y necesidades es una adaptación para nuestros objetivos particulares de la que hacen Gough y Doyal en "A theory of human needs", art. cit., págs. 11-14.

20. W. Meyers, *Los creadores de imagen*, Barcelona, Planeta, 1986, págs. 30-31.

21. R. M. Titmuss, *Política social*, Barcelona, Ariel, 1981, págs. 65-66.

22. Bradshaw, "The concept of social need", art. cit. págs. 36-37.

23. Titmuss, *Política social*, cit., págs. 38-39.

24. Para un estudio en profundidad de los dos modelos, véase P. Rosanvallon, *La crise de l'État-providence*, París, Seuil, 2ª ed. aumentada, 1985, especialmente págs. 87-106 y 109-138, respectivamente.

25. Galbraith, *The affluent society*, cit. pág. 220

26. Sobre la polémica política de la postmodernidad, ya sea en la postmodernidad integrada y neoliberal (Fukuyama), ya sea la apocalíptica o neoneitzchiana (Baudrillard, Lyotard y postestructuralistas varios), véanse con carácter de resumen, pero con análisis, opiniones y contribuciones extraordinariamente interesantes: D. Lyon, *Postmodernidad*, Madrid, Alianza, 1996; F. Jameson, *Teoría de la postmodernidad*, Madrid, Trotta, 1996; D. Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Basil Blackwell, 1989.

27. J. Baudrillard, *A la sombra de las mayorías silenciosas*, Barcelona, Kairós, 1978, págs. 82-83.

28. Un análisis, en el sentido que aquí apuntamos, del concepto de necesidad que es, a la vez, una contundente crítica a la teorización de Baudrillard sobre el tema esta en el magnífico libro de Edmond Preteceille y Jean-Paul Terrail: *Capitalism, Consumption and Needs*, Oxford, Basil Blackwell, 1985.

29. F. Hirsch, *Los límites sociales al crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

30. Esto nos lleva a afirmar que cualquier modo de acumulación económica siempre tiene un modo de regulación social complementario en el que se incrusta, como han puesto de manifiesto los economistas franceses de la "escuela de la regulación"; vid. con carácter de resumen Robert Boyer (dir.), *La teoría de la regulación*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim, 1992. Una interesante teorización desde los postulados de esta corriente de las transformaciones actuales del consumo se encuentra en Martyn J. Lee, *Consumer Culture Reborn*, Londres, Routledge, 1993.

31. Es el planteamiento fundamental de L. Doyal e I. Gough, *Teoría de las necesidades humanas*, Barcelona, Icaria/FUHEM, 1994. Por otra parte no vamos

a desarrollar aquí este argumento porque ha sido objeto de otros trabajos anteriores: vid. L. E. Alonso, "Necesidades, desigualdad y democracia: la polémica sobre la gobernabilidad en el Estado del bienestar keynesiano" en AA. VV., *Desigualdad y pobreza hoy*, Madrid, Talasa, 1995; y L. E. Alonso y G. Rodríguez Cabrero, "Necesidades sociales y crisis de los consumos públicos" en *Revista de Occidente*, nº 162, noviembre, 1995 págs. 61-77, donde se relaciona expresamente el tema de las necesidades sociales con llamada la crisis del Estado del Bienestar.

32. A. Heller, *Una revisión de la teoría de las necesidades*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1996, edición de Angel Rivero. La cita es de las págs. 84-85.

33. Por esta vía continuaríamos hacia una teoría de los bienes primarios como fundamentadores de una racionalidad social histórica y concreta —que nada tiene que ver con planteamientos esencialistas— en cuanto que dan cuenta de situaciones comunes de necesidad. Como es bien sabido es un argumento del ya clásico J. Rawls, *Teoría de la justicia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973. Una amplia discusión de las tesis de Rawls se encuentra en S. M. McMurryn (Ed.), *Libertad, igualdad y derecho*, Barcelona, Ariel, 1988.

34. Nos situamos así en un tipo de salida defendida concienzudamente por Jürgen Habermas, quien insiste: "Creo que en vez de renunciar a la modernidad y su proyecto como una causa perdida deberíamos aprender de los errores de aquellos programas extravagantes que han intentado negar la modernidad" (J. Habermas, "Modernidad versus postmodernidad", en Josep Picó (Ed.), *Modernidad y postmodernidad*, Madrid, Alianza, 1986 pág. 98). Resulta de enorme interés el seguimiento completo de toda la argumentación de J. Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.

35. Sigue siendo necesaria la referencia, cuando se trata de este tema, a la ya clásica obra de Umberto Eco, *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen, 1965.

36. Vid. A. Touraine, *Pourrons-nous vivre ensemble? Égaux et différents*, París, Fayard, 1997.

37. Vid. P. Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Taurus, 1989.

38. Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, Sur, 1970 págs. 262-263 y 146-200. (Hay reedición reciente de este texto fundamental en eds. Trotta).

39. A. Wellmer, *Finales de partida: la modernidad irreconciliable*, Madrid, Cátedra, 1996.

40. J. Baudrillard, *La transparencia del mal. Ensayo sobre fenómenos extremos*, Barcelona, Anagrama 1991, *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*, Barcelona, Anagrama, 1993, *El crimen perfecto*, Barcelona, Anagrama, 1996 y *Le paroxyste indiférent*, París, Grasset, 1997. Quizás la obra más difundida por buscar esa provocación hasta el paroxismo que tanto seduce al autor francés es *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Barcelona, Anagrama, 1991, donde acaba rizando el rizo postmoderno cuando arguye que los medios capturaron todo el sentido de la guerra dejándola fuera de lo real, lo que imaginamos dejará muy conformes a todos los heridos, muertos y damnificados por tan postmoderno evento.

41. De G. Lipovetsky podemos citar las siguientes obras: *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986; *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama, 1990; *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama, 1994.

42. Ch. Norris, *Teoría acrítica. Postmodernismo, intelectuales y Guerra del Golfo*, Madrid, Cátedra, 1997, pág. 227.

43. Aquí pueden consultarse las contundentes críticas realizada en España tanto por Victoria Camps, *Ética, retórica y política*, Madrid, Alianza, 1988: 27-33, como por Javier Muguerza, *Desde la perplejidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. ampliada, 1995: págs. 191 y ss, cuya comparación de la *comunidad ideal de habla habermasiana* con "la comunión de todos los santos" ha hecho justa fortuna.

44. No voy a desarrollar aquí un tema en el que he venido trabajando últimamente y se ha presentado con extensión, por ejemplo, en L. E. Alonso, "Crisis y transformación de los movimientos sociales en un entorno postfordista" en Pilar del Castillo (Ed.), *Comportamiento político y electoral*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pág. 1994, págs. 577-606. En todo caso la literatura que se esta produciendo en este terreno es abundantísima, conviene destacar aquí los trabajos de C. Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1988, K. Eder, *The New Politics of Class. Social Movements and Cultural Dynamics in Advanced Societies*, Londres, Sage, 1993 y H. Wainwright, *Arguments for a New Left*, 1994, porque inciden en la vía comunicativa de la construcción de la identidad. Puede verse también J. Riechmann y F. Fernández Buey, *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1994.

45. J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 2º vol. pág. 560.

46. A. Glen, "Methods and themes in community practice", en Hugh Butcher y otros (eds.), *Community and Public Policy*, Londres, Pluto Press, 1993, págs. 22-41.

47. A. Etzioni, *The Moral Dimension: Towards a New Economics*, Nueva York, Free Press, 1988.

48. P. Barcellona, *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*, Madrid, Trotta, 1992, págs. 125 y ss.

49. J. Ziegler, *La victoria de los vencidos*, Barcelona, Ediciones B, 1987.

50. Ivan Illich, *La convivencialidad*, Barcelona, Barral, tercera edición, 1978, pág. 96.

51. Marshall Sahlins, *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid, Akal, 1977.

52. Marshall Sahlins, *Economía de la Edad de Piedra*, op. cit., pág. 16.

53. *Ibidem*, pág. 52.

54. En lo que sigue nos guiamos por los siempre muy penetrantes análisis de A. Gorz, *Ecología y libertad*, Barcelona, Gustavo Gili, 1979, págs. 41-48.

55. J.M. Domenach, "Crisis del desarrollo, crisis de la racionalidad", en AA. VV., *El mito del desarrollo*, Barcelona, Kairós, 1979, pág. 25.

56. Para el tema de la institución mercantil de la escasez puede verse Francois Perroux, *Economía y sociedad. La coacción, el intercambio y el don*, Barcelona, Ariel, 1972; Karl Polanyi, *El sustento del hombre*, Barcelona, Mondadori, 1994. La primera obra desde la economía y la segunda desde la antropología analizan finamente cómo la reducción de lo económico a lo mercantil supone la desposesión real de energías y cualidades humanas para ser arrebatadas por los que son capaces de imponer la transacción mercantil.

57. Marvin Harris, *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*, Madrid, Alianza, 1980; especialmente el capítulo dedicado a "El Potlatch", donde Harris demuestra cómo el fenómeno del "consumo conspicuo" (analizado por autores como Thorstein Veblen y Vance Packard en diferentes etapas, situaciones sociales y coyunturas históricas de los Estados Unidos) tiene su lugar, y su razón de ser, en culturas que en nada se asemejan al modelo de vida occidental contemporáneo.

58. Ivan Illich, *La convivencialidad*, op. cit. pág. 24.

59. John K. Galbraith, *The affluent society*, op. cit.

60. Es un tema magistralmente desarrollado por Pierre Bourdieu en su ya clásica obra *La distinción*, Madrid, Taurus, 1988, donde el lector encontrará una magnífica disección de cómo un capital simbólico sobreañadido tiende a reproducir y sobredimensionar la desigualdad clásica inducida por el capital económico, en el espacio del consumo.

61. Para un desarrollo muy bien ejemplificado de este argumento vid: Ch. Smith, *Economic Development, Growth and Welfare*, Londres Macmillan, 1994.

62. Resulta necesario apuntar aquí que los más conocidos trabajos sobre la pobreza en el periodo dorado de la economía keynesiana —citaremos, por ejemplo dos que fueron señeros: M. Harrington *L'autre Amérique*, París, Gallimard, 1967; y J. M. Chevalier, *La pauvreté aux Etats-Unis*, Paris Presses Universitaires de France, 1971—, señalaban que el hecho más significativo consistía en que justo cuando aparecía hasta públicamente apoyado un discurso de cierto igualitarismo social, en los años del gran salto de la economía mundial, los índices de desigualdad apenas se alteraron. Así en otro análisis profundo y bien documentado Bernard Rosier, *Crecimiento y crisis capitalistas*, Barcelona, Labor, págs. 293-336, destaca como ejemplo, los siguientes datos de gran calidad ilustrativa: en 1946 el 10% de la población más rica de Estados Unidos poseía 30 veces una renta más elevada que el 10% más pobre, esta proporción sufría una variación para 1966 y suponía 29 veces, en 1972 este coeficiente se mantenía idéntico al de seis años antes; para los países europeos tal proporción se encontraba (en 1972) en los siguientes niveles, Alemania 20,5, Gran Bretaña 15 y Francia 18. Por su parte Manuel Castells, *La crisis económica mundial y el capitalismo americano*, Barcelona, Laia, 1978, muestra que el índice de Gini, que expresa el nivel de concentración del ingreso familiar, fue el mismo desde 1947 a 1962, con mínimas variaciones en los años intermedios.

63. No voy a entrar aquí a desarrollar a conectar directamente el tema de las necesidades con el tema de los derechos sociales, de gran utilidad para ello es el libro de F. J. Contreras Peláez: *Derechos sociales: teoría e ideología*, Madrid, Tecnos, 1994.

64. Este tema está desarrollado hasta sus últimas consecuencias en S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weisskopf, *La economía del despilfarro*, Madrid, Alianza, 1989 y de los mismos autores, la que es continuación natural de la obra anterior: *Tras la economía del despilfarro*, Madrid, Alianza, 1992. Más recientemente Paul Krugman en *Vendiendo prosperidad*, Barcelona, Ariel, 1994, examina con precisión las falacias de "la economía de la oferta" que se convirtió en el paradigma básico de gestión de lo económico en los ochenta.